



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO



LOS SIGNOS DEL ADVIENTO

¡VEN SEÑOR JESÚS!

(Ap. 22, 20)

El Adviento es el tiempo de preparación para la Solemnidad de Navidad. Es un tiempo de preparación interior para recibir a nuestro Dios que se hace hombre. Esta preparación es guiada también por unos signos exteriores que nos ayudarán a vivir de mejor manera este tiempo litúrgico.

El color morado de los ornamentos:



Adviento es un tiempo de esperanza. Si bien el color litúrgico es el morado, a diferencia de la cuaresma el sentido de este color litúrgico no es el penitencial, sino que es la espera gozosa del señor que ya viene. Durante este tiempo se silencia el himno del Gloria, el cual se reserva para la noche buena, pues es el canto de los ángeles que anuncian a los pastores que la espera ha terminado, el mesías ha nacido. El tiempo de Adviento se caracteriza por cantos propios, que invitan a mantener el ánimo en firme espera.

La corona de Adviento:



Tanto en las iglesias como en las casas se suele poner una corona hecha de ramas perennes formando un círculo, como signo de la vida eterna, con cuatro cirios que se irán encendiendo uno cada domingo del Adviento. Es una herencia de la tradición protestante alemana que toma la tradición católica en el siglo XX, y para nosotros hoy es un signo visible de la esperanza y del tiempo que transcurre. El primer domingo del adviento se pueden llevar las velas a la misa para que sean bendecidas. A medida que se acerca la fecha de navidad la luz, que refleja la fe y la esperanza, es mayor. Cuando ya están las velas encendidas es signo que la llegada del Señor es inminente.

El pesebre:



Durante el adviento se va armando en cada hogar el pesebre, donde al ir colocando las distintas figuras se va explicando el nacimiento de Jesús. La tradición del primer pesebre se remonta al año 1223 cuando san Francisco de Asís lo recreó en Greccio, Italia, como una catequesis sobre la Navidad para los más pobres. Hay personajes bíblicos, como la sagrada familia y los pastores. El burro y el buey, si bien no aparecen en el relato de Lucas, los encontramos al inicio.



El árbol de navidad:

La tradición se remonta a san Bonifacio, quién a inicios del siglo VIII, quien planta un pino, que por sus hojas perennes simboliza el amor de Dios, y lo decoró con manzanas, signo del pecado original, y velas, signo de la luz de Cristo. Será en el siglo XVII cuando en Alemania se retoma esta costumbre de adornar un árbol navideño en los hogares. Es un signo de los árboles del paraíso, el del conocimiento del bien y el mal y el árbol de la vida.



La estrella:

La estrella puede adornar el árbol o ser parte del pesebre. Mucho se ha elucubrado sobre esta estrella. Horas de estudio astronómico se han gastado en intentar dilucidar su origen. Para comprenderlo no debemos mirar el cielo, sino las Escrituras, y así nos encontramos en el libro de los números con una de las más antiguas profecías mesiánicas: “una estrella saldrá de Jacob, se levantará un cetro en Israel” (Nm 24, 17). La verdadera estrella de Belén es el niño que ha nacido, el dios con nosotros. Él es la verdadera luz del mundo.



Los villancicos:

Al acercarse el fin del adviento, y por ende la Navidad, se empiezan a entonar en muchas partes los villancicos. A pesar de no ser Navidad todavía, estos cantos se empiezan a escuchar en las liturgias y en los hogares, y algunos grupos salen a las calles a cantarlos. Es la alegría de la Navidad que no podemos controlar y se nos adelanta en estos cantos populares que anuncian el nacimiento del Señor.

DEPARTAMENTO DE LITURGIA

